

Un verano de encuentros

El verano de 1978 fue para mí uno de los más variados y, probablemente, el último como adolescente sin preocupaciones. A pesar de que había una notoria falta de dinero en el mundo ahí estaba yo, con 17 primaveras, el título de secundaria con mención en el bolsillo y aceptado en la escuela técnica.

Nosotros ya no pertenecíamos al movimiento del 68, la generación *flower power*, pero tampoco éramos aquellos jóvenes con pelo rizado de *Fiebre del sábado noche*. Si bien en lo intelectual y social nos guiábamos bajo el lema "Haz el amor y no la guerra", nuestra ansia juvenil de experimentar hacía que tendiéramos más a aquello de "Sexo, drogas y rock & roll".

Es verdad que nos iban Joan Baez, Cat Stevens y Bob Marley pero también nos gustaban Queen y Jethro Tull y si escuchábamos a Bee Gees y Konsorten era solo por aguantar el tirón con nuestras respectivas chicas.

Siempre teníamos ganas de cambiar el mundo, aun viviendo en casa de unos padres autoritarios y todo ello en medio de unas ideas en la sociedad contrarias a las que nos iban surgiendo a nosotros, eso sí, lo que hacíamos los fines de semana era disfrutar e ir en busca de placer.

Y fue este dilema perpetuo, el de unos hombres aún poco maduros, junto con el espíritu aventurero y la curiosidad, lo que nos llevó a tierras lejanas. Así que no es de extrañar el hecho de que después de nuestra afortunada excursión a Baviera del año anterior aspiráramos a unos objetivos que, en cierto modo, estaban fuera de nuestro alcance.

Tras varios intentos por ponernos de acuerdo nos decantamos por una acampada de 4 semanas en Italia; y con "nos" me refiero a, del mayor al más joven, Jacky, Frank, Holperle, Michl y yo. Los dos que faltaban de los siete fantásticos (Hölle y Borda) habían decidido perderse por Córcega.

Estuvimos organizando todo durante casi tres meses; sé que algunos os estaréis preguntando cómo es posible eso, pero es que vivíamos en zonas rurales, no teníamos internet y había que enterarse de todo en persona, por teléfono o por carta si era necesario. Y fue así como después de una planificación que no parecía acabar nunca llegamos a la conclusión de que, como mínimo, debíamos reunir 750 marcos alemanes (no euros) por persona para el tren, el camping y la comida.

Eso implicaba para mí estar trabajando por una miseria en el departamento de obras y construcciones estatales durante las 2 semanas de Semana Santa y las cuatro semanas que había entre el final de la escuela secundaria y el inicio de esas vacaciones. Era divertidísimo tener que trabajar para tres jefes mafiosos que estaban a media hora de mi puesto de trabajo y que me ordenaban cavar un agujero y volver a llenarlo para después cerrarlo. Eficiencia, lo único que contaba en la vida. Pero todo fuera por pasar unos días de desconexión en la playa...

Después de semanas sudando la gota gorda, pues fue uno de los meses de verano más calurosos que yo había vivido en Alemania, por fin llegó el momento. Partimos en un autobús con el equipaje de mochileros preparado para después coger el tren que pasaba por Venecia y que se dirigía a Latisana (mi memoria todavía no me traiciona), cogimos otro autobús hasta el centro de Bibione y los últimos dos kilómetros hasta el camping elegido los hicimos a pie.



Por aquel entonces las vistas abarcaban toda Bibione y no había muchas cosas que hacer por allí, de hecho, lo indispensable de la ciudad estaba dispuesto en fila por las dos calles principales que hacían una forma de "T".

Nuestro camping era el más cercano a la ciudad y se encontraba al lado de un campamento de verano para niños que resultó ser muy entretenido y al que le seguía media docena de edificios a lo largo de la costa que, por lo visto, estaban siendo víctimas de un enorme boom de construcción de hoteles.

Cinco chicos suponían cinco tiendas de campaña individuales que había que montar en círculo e intentando que quedaran, en su mayor parte, bajo la sombra de un par de pinos. No obstante, no queríamos pasar todo el día en las tiendas, así que lo dejamos para luego. Estábamos rodeados de nativos, en su mayoría familias con niños cuyos padres solo podían pasarse por allí el fin de semana, pero ese es otro tema. Preparamos nuestro alojamiento a toda prisa, nos pusimos los bañadores y fuimos directos a la playa. A partir de ahí lo que nos esperaba eran cuatro semanas de sol, arena, mar, comer, beber y pasárnoslo muy, muy, muy bien.

El cambio de marcos alemanes a liras estaba en torno a algo más de 400, es decir, la pizza margarita nos salía por 2,50 marcos alemanes, la media pinta por 1,75 y el vaso de vino (0,1l) costaba entre 25 y 50 peniques, todo un paraíso para nuestro ajustado presupuesto.

La primera anécdota que tuvimos y que se puede considerar como digna de contar fue una interrupción sonora bastante subrealista, que rompió la tranquilidad característica del lugar donde nos encontrábamos. Varias veces al día escuchábamos por todo el camping una voz femenina que gritaba: "Davide, Davide...". Después, a veces se oían cachetes durante un rato. Cuanto más insistente era la llamada o, mejor dicho, cuanto más estridente era el tono de voz, más cachetes se oían.



Pronto descubrimos que Davide era un niño de unos tres años que siempre se escapaba para explorar lo que había a su alrededor. La voz desesperada era de la madre, que tendría unos 20 años y que trabajaba en la pasarela de Milán. Tenía el pelo oscuro y unas medidas proporcionadas que le hacían a uno soñar. Aun así el grito y sobre todo el castigo que le seguía nos sacaba a todos de quicio y le pusimos remedio como cuento a continuación.

Muy a nuestro pesar, nuestro querido amigo Holperle solo tenía dos semanas de vacaciones, así que cuando llegó su hora de irse le acompañamos a la estación de autobuses y esperamos con él hasta que el autobús de la línea correspondiente llegó y él tomó asiento, para después despedirle tristemente con la mano. Como aún era temprano, solamente las 11, y aún no habíamos comido nada fuimos a una de las dos pizzerías junto a la estación. En cuanto nos sentamos vino alguien a tomarnos nota. La conversación fue más o menos así:

Camarero: Prego!?! (Dígame)

Nosotros: Quattro Pizza Margherita (Cuatro pizzas margarita)

Camarero: Scusate, ma non abbiamo pizza. (Lo siento, no tenemos pizza.)

Nosotros: No? Perché? (¿No? ¿Por qué?)

Camarero: Non facciamo pizza a quest'ora, solo la sera. Qualcosa per colazione? (No hay pizza ahora mismo, solo para la cena. ¿Quieren desayunar?)

Nosotros: No grazie. Birra? (No gracias, ¿cerveza hay?)

Camarero: Birra? Sicuri? (¿Cerveza? ¿Seguro?)

Nosotros: Sì quattro birra, per favore! (¡Sí, cuatro cervezas por favor!)

Camarero: Bene. (Está bien.)

Mientras se iba movía la cabeza como si le sorprendiera y poco después trajo cuatro cervezas.

Que realmente esa fuera una decisión buena no lo sé claramente. No obstante, la combinación de unos estómagos vacíos, la intensidad con la que pegaba el sol del sur y el alcohol resultó ser un cóctel terrible. Después de dos horas y de haber tomado un par de rondas de cervezas intentamos encontrar a duras penas el camino a nuestra morada.

Suele decirse que los niños y los borrachos dicen la verdad y en el estado grave en el que estábamos se puede decir que éramos las dos cosas ya que, de lo contrario, no se podría explicar el porqué de la desvergonzada acción que no pudimos reprimir. Justo antes de entrar a nuestro camping nos dio por hacer una travesura. A cada paso que dábamos contábamos a grito vivo hasta diez, nos quedábamos de pie un momento y saltábamos una y otra vez con ambas piernas mientras nuestro brazo se agitaba hacia delante y gritábamos "Davide...". Cada vez que movíamos el brazo sonaba un escandaloso "...Zas" al bajarlo y todo volvía a empezar con un "uno" a pleno grito. Nuestra obra maestra retumbó por todo el camping, empezando por la entrada, siguiendo por toda la calle y hasta nuestras tiendas. Al llegar allí desafinamos y nos reímos y, por primera vez, nos fuimos a descansar a nuestros sacos.

Como era de esperar nuestro comportamiento tuvo consecuencias; por una parte nos llamaron la atención (no fue la última vez que esto pasó) por molestar durante la siesta pero aunque aún se podía escuchar "Davide", los "Zas" se acabaron definitivamente y eso es lo que hizo, a pesar de todo, que la hazaña mereciera la pena.

Nuestro siguiente encuentro intercultural empezó también con unos niños. Como he



mencionado antes, había algunas familias en las que el padre no estaba entre semana. Dos de ellas tenían su tienda de campaña al lado de la nuestra, así que no era raro que los visitáramos de vez en cuando y que nos entretuviésemos con los niños jugando. Esto, junto con el tema de Davide nos dio puntos extra con los padres que vivían a nuestro lado.

Resulta que una bonita mañana de sábado uno de los patriarcas llamó a nuestro querido Michl, y a nosotros 15 minutos después. Michl se sentó a la mesa en una silla de camping con un vaso de vino rojo delante de él, sonrió de oreja a oreja y dijo que estábamos invitados a probarlo.

No hizo falta que nos lo dijera dos veces y es que esta vez hasta habíamos desayunado antes. Y allí estaban, seis seres humanos sentados alrededor de una mesa pequeña que hablaban y gesticulaban de forma animada y que probaban una botella detrás de otra. Después tuvimos que probar el café con grappa o simplemente grappa sola, a lo que nosotros evidentemente no dijimos que no. El encuentro se acabó debido a las medias naranjas de nuestros anfitriones. Mientras que ellos estaban muy contentos por nuestra espontánea visita, el entusiasmo de las mujeres se transformó al mismo tiempo en rechazo hacia sus maridos. En cualquier caso, nos marchamos de forma educada ya que los pachás habían sido citados en sus tiendas de campaña. Evidentemente esa misma noche fuimos a darles las gracias por la extremada cordialidad del encuentro y por la invitación.

También debimos de dejar un buen recuerdo ya que antes de irse el domingo por la noche, el patriarca nos regaló 10 botellas de lambrusco, aunque nos avisó de que ya tenían cinco años y que podía ser que no supieran muy bien. Enterramos los ejemplares en la arena debajo de un pino y los regamos de forma regular para que no se calentaran demasiado y aún días después íbamos degustando una botella tras de otra. ¿Qué puedo decir?, ¡estaban espectaculares!



También el último encuentro tuvo su origen en los niños, fue sin lugar a dudas el más íntimo y para nosotros el mejor bienvenido.

Tal y como mencioné antes, nuestra zona lindaba con un campamento para niños. El edificio y la propiedad estaban rodeadas por un muro y por algunas partes había tres metros de valla de tela metálica con alambre de espino incluido. Por suerte, lo que no estaba separado era la playa. Una tarde preciosa descubrimos, no muy lejos de nosotros, a un grupo de jovencitas. Evidentemente eso hizo efecto en nosotros y el poder ver a un pequeño grupo de chicas fue tentador. El hecho de que no habláramos con chicas directamente y sin rodeos se lo podríamos atribuir a otras razones aparte de que eran finales de los años 80, pero estoy bastante seguro de que más bien la cuestión era quién de nosotros se atrevería a establecer el primer contacto. Finalmente nos decantamos por una opción no verbal en la que Jacky tuvo que coger su cámara, aproximarse a un punto de apoyo y, sin ninguna queja por parte de las diosas de la playa, arriesgarse a realizar una instantánea. Más tarde nos dimos cuenta de que la foto no resultó ser muy buena pero, en cambio, el acercamiento fue todo un éxito.



Rompimos el hielo y nos acercamos poco a poco y el primer contacto comenzó. Descubrimos que los niños de ese campamento tenían familias con dificultades económicas y que no se podían permitir vacaciones, así que allí tenían la posibilidad de disfrutar de una estancia en la playa de Bibione. Además de los adultos responsables había sobre todo jóvenes voluntarias que se encargaban de vigilar a los niños. Eso explica que su tiempo fuera limitado, cuando los niños se echaban la siesta, para ir a la playa. Por las noches no les estaba permitido abandonar el recinto. Como evidentemente existía una cierta afinidad entre nosotros decidimos quedar la siguiente tarde. Nos tumbábamos al sol, hablábamos, nadábamos o hacíamos otros juegos en el agua que resultaron ser más que placenteros. Mientras que en la arena nos veíamos obligados a portarnos bien, en el agua lo que buscábamos era contacto corporal pero, evidentemente, escondíamos nuestras intenciones jugando. Como a todos nos parecía que el tiempo libre de las monitoras era demasiado corto, quedamos por la noche en la valla que separaba el campamento y el camping.

Por suerte para nosotros, en ambos lados cerca del límite había zonas con árboles y que, por tanto, no se podían ver en absoluto desde los edificios. Por eso precisamente lo aprovechamos para tener nuestro primer encuentro nocturno. Como no estábamos seguros de cuándo se presentarían y nos encontrábamos en un período anterior a la evolución del teléfono móvil tampoco podíamos acordar una hora exacta o informarnos de lo que íbamos a hacer. Al llegar el atardecer nos sentamos al lado del muro y esperamos. Nadie podría imaginarse lo eterno que se nos hizo antes de que llegara el esperado momento y la tensión que sentíamos hasta que oímos el primer ruido al otro lado. Nos levantamos como soldados de plomo ante la verja y miramos los árboles en la oscuridad hasta que diferenciamos la primera sombra que se movió hacia nosotros. Las chicas ya habían decidido quién iba con quién. En ese tema nosotros no tuvimos ni voz ni voto, pero como todas eran muy simpáticas ninguno de nosotros protestó. Por eso tampoco fue sorprendente que nuestras respectivas chicas llegaran de forma individual. Rápidamente apareció el tema de cómo podríamos derribar las barreras que había entre nosotros, pero como todas las propuestas que tenían que ver con escalar fracasaron y como nosotros no teníamos (aún) ninguna herramienta a mano, decidimos abandonar cualquier esfuerzo que requiriera mucho tiempo. Nos separamos por parejas a lo largo de la barrera y disfrutamos de los pocos minutos íntimos que nos

quedaban esa noche. Ya desde que nos separamos teníamos ganas volver a vernos al día siguiente en la arena así como de observarlas como si fuéramos mirones.

Sin embargo, la valla era un gran inconveniente que, sin lugar a dudas, debía ser eliminado de inmediato. La valla se podía analizar mejor a la luz del día y así fue como encontramos un sitio en el cual se unían dos trozos de tela metálica que sólo estaban sujetos con una brida metálica. Como éramos hombres jóvenes e ingeniosos lo único que necesitábamos era un cuchillo y unas tenazas pequeñas para romper el obstáculo: teníamos ambas herramientas.

Por suerte para nuestras visitantes nocturnas nosotros habíamosabierto una parte de la unión para la próxima cita, para que ellas no tuvieran problemas al pasar por el agujero cuando llegaran; y así fue como empezaron y se afianzaron nuestros encuentros entre la playa y la luz de la luna. Tan pronto como nuestras acompañantes pasaban para volver a su lado nosotros cerrábamos la puerta secreta de forma provisional.

Para evitar desde ya cualquier posible rumor, suposición o fantasía, recalco que, pese a que era la época predecesora al *flower power*, lo nuestro no fue más allá de hacer manitas, hablar y darnos algún que otro beso. Los días sin preocupaciones y llenos de amor por desgracia pasaronmuy rápido. Nuestras monitoras habían cumplido con su carga de trabajo social y tenían que volver a su lugar de procedencia. En la despedida intercambiamos tristes nuestras direcciones, pues por entonces no había ni número de teléfono móvil, ni dirección de correo electrónico, ni contactos de Facebook. Aunque no era la intención, sería una despedida para siempre, pues a menos que Jacky, Michl y yo hiciéramos una escapada a uno de sus lugares durante nuestro viaje de vuelta, no volveríamos a ver a ninguna de nuestras bellezas italianas del verano.

Evidentemente, además de estas tres anécdotas concretas, tuvimos una docena más en aquellas cuatro semanas. Por ejemplo, el camarero asiático que se lo pasó en grande con nosotros, la conversación tan divertida que tuvimos con un barman que pensaba que ya habíamos bebido suficiente, los chicos italianos que pensaban que éramos americanos o el policía que por poco arresta a uno de nosotros por habernos perdido y haber acabado en una fiesta privada. Por no mencionar a los cuatro jóvenes italianos que acamparon durante un tiempo con nosotros y con los que cocinamos espaguetis, bebimos vino tinto y cantamos.

Todas estas situaciones siempre transcurrieron de manera pacífica y aquellas que fueron más difíciles o en las que había malentendidos se solucionaban por el bien de todos empleando la franqueza, la comprensión y el razonamiento más apropiado.

Es posible que el hecho de que nos relacionáramos con nuestros anfitriones italianos y otros extranjeros de forma tan sencilla se debiera a nuestra curiosidad adolescente, unida a la inocencia y satisfacción en lo que hacíamos. Y quizás también haya que tener en cuenta aquí la sinceridad y el respeto con los que nos tratábamos mutuamente.

Apéndice:

Este verano fue sin lugar a duda uno de los más largos e interesantes de toda mi vida. Una semana después de mi regreso de la bella Italia tuve que ir con mis padres a visitar a mi tío, el hermano más joven de mi padre, a Londres. Como el año anterior ya había pasado cuatro semanas allí con él y ya había puesto todo Londres patas arriba me alegraba la idea de volver a verlo. Fuimos hacia Bélgica con el coche, cruzamos el canal en ferry y una vez en Londres nos perdimos entre el tumulto y acabamos en alguna parte del puerto que no conocíamos, pero era fundamental orientarnos ya que

queríamos quedar con mi tío en un barco famoso (¿El Cutty Sark? ¿El HMS Belfast? ya no me acuerdo) ¿Pero dónde estaba el barco? No teníamos ni mapa, ni GPS (aún no existían), así que mi padre me mandó ir a la primera taberna del puerto para preguntar por el camino. Lo que a uno le viene a la cabeza cuando piensa en una taberna del puerto es poca iluminación, humo de tabaco, mesas, bancos y sillas grasientas y hombres bastos deambulando por allí. Con esa estampa ante los ojos, ¿de verdad tenía que preguntar allí por el camino? ¡Pues qué bien! Pero no solo me llevé una lección aquel día, sino también en el futuro cuando me dieron un escarmiento en la taberna del puerto de Rotterdam. Como decía, entré en una sala que estaba bien iluminada, con muebles claros y en la que había ingleses con caras desconcertadas. Fui hacia la primera silla en la que había un hombre sentado y apenas había pronunciado yo dos palabras cuando apartó una silla de la mesa y me invitó a sentarme. Le di las gracias sorprendido, dije que no con educación y pregunté por el camino. Era evidente que el hombre conocía bien los alrededores ya que describió de forma detallada la ruta que debía seguir sin falta y aun así se lo comentó al dueño para comprobar que la información era correcta. Tal y como pude comprobar después, ellos estaban en lo cierto. Al despedirme les di las gracias por haberme ayudado con la misma cordialidad que se me había mostrado y me fui.



En unos pocos minutos aprendí tres cosas: las tabernas de los puertos son mejores de lo que parecen, los ingleses son en su mayoría gente agradable y los prejuicios acaban fastidiándole la vida a uno.

Los días en Londres fueron, como siempre, emocionantes, variados y demasiado cortos. Fue precioso ver cómo dos hermanos se volvían a encontrar después de haber estado separados durante años sin saber que esa sería la última vez que se veían.

Se puede decir que aprendí una lección importante no solo con la experiencia del verano de 1978, sino también con los diferentes encuentros que he tenido con gente en las diferentes regiones de la mundo: cada individuo desea que se le tenga en cuenta y que se le respete dando igual la edad, sexo, confesión, color de piel, clase social, profesión, procedencia o ideas. Este concepto lo engloba todo y es una necesidad universal.

Como personas, nacemos con el derecho a ser respetados, pero también con la obligación de respetar a otros en la misma medida.

de AnA (seudónimo) - Alemania

Traducción del alemán al español realizada por la iniciativa PerMondo, con ayuda de la agencia de traducción Mondo Agit. Traductora: Miriam Fonticoba Herráez (21, Alcalá de Henares, tel.: +34 616801821, miriam.fonticoba@gmail.com). Revisora: losune Ojer Torres (España, iojertorres@gmail.com).